
Editar el siglo XVI. Los cofrades del Museo Nacional

Antonio Saborit

1

Hay una apasionada premonición del principio de una época ilustrada en los gabinetes de curiosidades, museos y *Kunst-und Wunderkammer* que, como espacios intelectuales, en muy buena medida inventó y abasteció el contacto cultural con el nuevo continente a lo largo del siglo XVII. Esos espacios devinieron en una nueva y novedosa institución de conocimiento y estudio en varias ciudades y cortes europeas. Su escenografía era fantástica y presuntuosa a tal grado que el gabinete de curiosidades comportó el detalle de distinción del nuevo (y viejo, a la vez) intelectual europeo: su laboratorio especializado. La materia de tales espacios no era otra que los objetos más queridos por el ilustrado (o bien sólo voluntarista) coleccionismo de su orgulloso propietario.

Una semejante profusión de objetos, provenientes del reino natural así como de las más antiguas civilizaciones conocidas, caracterizó y decoró, como observó Anthony Grafton, la *Kunst-und Wunderkammer* en Praga y en Dresden, los museos de Athanasius Kircher en Roma, de Elias Ashmole en Oxford y Ole Worm en Copenhague. Uno de los más famosos —el *Musaeum Wormianum* en Copenhague— quedó registrado muy detalladamente en uno de los catálogos, dice Grafton.

Este confrontaba al visitante con una gama espectacular de objetos sólidos, materiales —la evidencia concreta que hacía posible el progreso académico y científico. La habitación que ocupaba este museo, tal como la muestra la portada del libro de Ole Worm, recuerda retratos anteriores de los estudios de académicos: el espacio ordenado, iluminado por grandes emplomados, con un suelo de pulcros mosaicos, en donde San Jerónimo y su León o Erasmo habrían estado muy cómodos. Las repisas están repletas pero no de libros sino de especímenes: minerales, conchas de mar, raíces y partes de animales. Del techo cuelgan canoas, pájaros y pescados; las paredes están decoradas con caparazones de tortugas y cráneos de animales con cuernos. La abundante colección de artefactos y armas revela el particular interés de Worm en la historia antigua del hombre, interés que le llevó a estudiar y descifrar ruinas, a dominar los calendarios primitivos de la Escandinavia precristiana y a excavar los entierros megalíticos en donde según él los ancestros de los daneses habían desangrado animales en honor de sus propios antepasados. Worm estudiaba esto en el campo y no en los libros, llevando con él ayudantes que debían realizar un registro cuidadoso de

los lugares que él investigaba, y trabajaba con una técnica tan meticulosa que a Bacon le habría impresionado. Worm despojaba lentamente la capa de tierra y vegetación que cubría a los monumentos, distinguía con cuidado las cartas y las grietas y no interpretaba hasta no haber realizado una descripción detallada. Bacon habría apreciado el cráneo y el cuerno de un narval que Worm empleaba para refutar la idea tradicional de que esos cuernos eran de unicornio.¹

El gabinete de curiosidades era un centro y comportaba una clara idea del mundo. Pero además, se fundaba en una idea del conocimiento y una apuesta doble a la antigüedad del futuro y al futuro de las antigüedades. Acaso convendría pensar en una biblioteca de objetos o en una suerte de inuniformable jardín de cosas extrañas e interesantes. Tal gabinete era expresión del interés y hasta de los caprichos del coleccionismo de su propietario, el individuo que mostraba su acervo con prudencia o entre exaltaciones a sus contemporáneos.

La paulatina transformación del espacio privado del gabinete de curiosidades en el salón público del museo se llevó largas décadas enteras —sin eliminar, por cierto, el gusto por el cultivo de lo que entonces pasó a ser un museo secreto o gabinete particular en la residencia de su propietario—, y en el caso de la naciente república mexicana, su Museo Nacional se debió a este desarrollo cultural.

La creación oficial del Museo Nacional lleva la fecha del acuerdo que Guadalupe Victoria, primer presidente de la República, envió al rector de la universidad el 18 de marzo de 1825. Se cuenta que en este episodio fue notorio y eficaz el cabildeo de Lucas Alamán. Dos años después, el presbítero Isidro Ignacio Icaza, primer conservador del Museo Nacional, hacía notar que el “celoso e ilustrado gobierno de la república [...] habiendo concebido el proyecto de formar en la capital de la federación un museo en que ocupasen el primer lugar” las llamadas antigüedades mexicanas,

“ha reunido en poquísimos tiempo, y va siempre en aumento, la apreciable colección que, expuesta al público en la universidad, es visitada con manifiesta complacencia por toda clase de personas”.²

Junto al desarrollo cultural del gabinete de curiosidades, el Museo Nacional se debió desde sus primeros años a un desarrollo cultural diferente, bastante más politizado: el de la sociedad secreta.

La imaginación del museo encandilaba a unos cuantos. Isidro Ignacio Icaza fue conservador de las dos salas que ocupaba el Museo Nacional en la Universidad en 1825 hasta su muerte en 1834, en tanto que Isidro Rafael Gondra trabajó en este pequeño, escarnecido, pobretón y muy esquilnable espacio entre 1834 y 1852. Es significativo que en la segunda mitad del siglo XIX, una de las más fecundas que ofreció el Museo Nacional para la antropología y la historia mexicanas, la dirección del mismo espacio intelectual fuera ocupada apenas por una decena de estudiosos —si se considera que dos veces repitieron en el cargo José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, Manuel Urbina y Francisco del Paso y Troncoso.³ Así que primero el número y luego el lenguaje de sus favorecedores y amigos definieron para el Museo Nacional el perfil de una suerte de idiosincrásica sociedad secreta que tuvo su razón de ser en la pasión por las antigüedades mexicanas. El interior del museo se constituyó así no sólo en el espacio en el que estaban hechos y no especulaciones filosóficas, manuscritos y no libros, sino en el ámbito idóneo para realizar un ideal de conocimiento moderno, cuyo modelo también provenía de Europa, que favorecía más bien el trabajo colectivo que el solitario y se ameritaba en el afán de varios por entender y preservar las antigüedades.

El criollismo novohispano del siglo XVIII alentó muchas de las tareas básicas del Museo Nacional. Los hábitos mentales y coleccionistas de tal actitud comportaron para los cofrades del Museo Nacional una tradición posible y al alcance de la mano. Tales hábitos expresaban todo complejo reclamo independentista. Y

tal parece que el trabajo de algunos amigos del Museo Nacional no sólo estuvo a la altura del reto, acaso por primera vez en la historia de los humores criollos, sino que además fundó una tradición.

2

Joaquín García Icazbalceta fue persona de contadas y selectas convicciones. Su carta al arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, escrita en 1883 por una solicitud expresa del prelado a propósito de una apología de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, muestra el temperamento del historiador a la luz de esta idea.⁴ Algo semejante sucede al apreciar su tan escrupuloso desempeño como hombre de hacienda.⁵ Y las mismas convicciones se expresan también en sus tortuosos y demandantes quehaceres como editor de documentos y manuscritos para la historia de México.

En carta dirigida a José Fernando Ramírez, fechada el 22 de enero de 1850, García Icazbalceta escribió la siguiente profesión de fe, como él mismo la llamó:

Hace ya algunos años que comencé a mirar con interés todo lo que tocaba a nuestra historia, antigua o moderna, y a recoger todos los documentos relativos a ella que podía haber a las manos, fuesen impresos o manuscritos. El transcurso del tiempo en vez de disminuirla fue aumentando esta afición que ha llegado a ser en mí casi una manía. Mas como estoy persuadido de que la mayor desgracia que puede sucederle a un hombre es errar su vocación, procuré acertar con la mía, y hallé que no era la de escribir nada nuevo, sino acopiar materiales para que otros lo hicieran; es decir, allanar el camino para que marche con más rapidez y con menos estorbos el ingenio a quien esté reservada la gloria de escribir la historia de nuestro país. Humilde como es mi destino de peón, me conformo con él y no aspiro a más:

quiero sí, desempeñarlo como corresponde, y para ello sólo cuento con tres ventajas; paciencia, perseverancia y juventud.⁶

Es difícil creer que el entonces joven García Icazbalceta supiera cabalmente de lo que hablaba. Le animaba, en buena medida, el ímpetu de la hora. En cambio no hay duda que conocía muy bien lo que deseaba. La carta es rara excepción: permite apreciar el entusiasmo de una vocación apenas descubierta y en realidad ya ingobernable.

Joaquín García Icazbalceta tenía veinticinco años cuando escribió la referida carta a José Fernando Ramírez. Y es notable que al escribirla tomara el papel del presbítero Isidro Rafael Gondra, entonces director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía y colaborador de tiempo atrás de Ramírez. La compendiosa carta a José Fernando Ramírez importa porque en ella se reunieron otros elementos de interés para la vida de García Icazbalceta.

La idea de escribirle a Ramírez fue de José María Andrade. Este, propietario de una de las bibliotecas más importantes de México en el siglo XIX, varias veces insistió con lo mismo a García Icazbalceta. Pero el aprendiz de historiador no quiso o no se atrevió a distraer la atención de Ramírez (aun cuando el origen de tal sugerencia por parte de Andrade se fundaba y hasta cierto punto se justificaba tras el hallazgo de la interpretación del padre José Lino Fábrega al *Códice Borgia*) sino hasta que Andrade le mostró una carta que el propio Ramírez le entregó para hacerla llegar a Isidro Gondra. Apenas satisfecho con su indiscreción, que debió considerar como licencia de la amistad, Andrade le dijo esta vez al muchacho que él contestara la carta como si él fuera el mismo Gondra.

García Icazbalceta aprovechó la carta para mostrar sus respetos a Ramírez así como para expresar la citada profesión de fe. Le comentaba algo sobre una obra obligada para ambos, *Antiquities of Mexico*—en particular la reciente aparición de dos tomos que se añadían a los siete primeros publicados por Lord Kings-

borough—, así como sobre la “grande obra” de Gonzalo Fernández de Oviedo. “Por ahora sólo quiero rectificar una ligera inexactitud que encuentro en la carta de V.”, escribió García Icazbalceta, “y no lo hago sino para apuntar a V. al mismo tiempo la noticia”. La rectificación decía:

Los libros impresos de *Oviedo* no son 19 sino 20; porque además de los 19 primeros y el de los *infortunios y naufragios* comprendidos en el primer volumen (de que tengo un ejemplar muy bien conservado, edición de 1535), se publicó el 20.º por separado en Valladolid, año de 1557. Es un volumen muy delgado, o más bien cuaderno, en folio, caracteres góticos, en dos columnas, y al fin viene una nota que avisa haberse suspendido la impresión de la 2a. parte por haber muerto el autor. He visto este libro tan raro en la librería del colegio de *San Ildefonso*, encuadrado en un mismo volumen con la primera parte del mismo *Oviedo* (2a edición de 1547), y la *Conquista del Perú* por *Francisco de Jerez* (Salamanca, 1547).⁷

El acopio de documentos al que él se dedicaba desde hacía tiempo, le explicó a Ramírez, le había convencido de procurarse las copias de los manuscritos que no estuvieran en México. Nada más necesario. Por tal motivo, decidió ganarse la simpatía del dueño de una de las colecciones más importantes, William H. Prescott, y de él nació la iniciativa de traducir su *Historia de la conquista del Perú*. Esto, junto con la comedia y venturosa intervención de Lucas Alamán, significaron para García Icazbalceta una suerte de carta blanca para solicitar copias de la colección Prescott—quien para el momento en el que García Icazbalceta se animó a escribirle a Ramírez había accedido a franquearle copia de los treinta libros inéditos de Oviedo, la obra de Motolinía y la historia de Muñoz Camargo. ¿Qué más recomienda Ud., preguntaba el joven Joaquín, que le pidamos a Prescott?

El gusto por la edición en Joaquín García

Icazbalceta se derivó de su gusto por el arte tipográfico.

El mundo de la imprenta, ese ámbito para autodidactas, amigos sin educación formal, caracteres en los que la erudición asumía un cariz entrañable, fue gran influencia en la vida de este historiador.

Tan peculiar, inusitado, cansante y fértil inclinó por los asuntos de la edición cabeceó en los precoces divertimentos literarios de García Icazbalceta realizados en España, donde nuestro personaje vivió de 1829 a 1836. Se trataba de una serie de pequeños periódicos o revistas misceláneas, hoy cuadernitos singularísimos que en cierto modo prefiguran la vocación de historiador y erudito en el niño que hizo la serie, como escribió José Luis Martínez.⁸ García Icazbalceta tenía diez años cuando empezó con esto en Cádiz y su primera entrega editorial, pensada para sí y para los suyos, se llamó *El elefante*. El hecho, visto con cuidado, tiene una interesante densidad cultural; en primer remite a la condición de una familia expulsada del país en virtud de su línea genealógica, aislada, en un medio que no es el propio, pero el hecho asimismo remite el temperamento de un niño que un día decide imponerse el deber del servicio y confía ciegamente en la virtud del conocimiento.⁹ De regreso al país, *El elefante* pasó por una interesante metamorfosis que le dejó como *El ruiseñor*, que vivió de 1836 a 1840. Súmense a estas familiares empresas editoriales una *Miscelánea*, elaborada hacia el final de la década de los treinta. Los cuadernitos, en efecto, descubren al niño que emprende obras de imaginación, pero también y acaso sea algo tan relevante: descubren a un niño que asume con seriedad el papel de editor, esto es, selecciona sus textos, diseña portadas, idea las ilustraciones y hasta busca sus lectores.

A los escritos infantiles siguieron los dibujos del adolescente y en 1844, antes de cumplir los veinte años, García Icazbalceta colaboró en *El Liceo Mexicano* como grabador en madera. ¿En dónde aprendió el oficio? Con un español venido de Estados Unidos, según una versión, o bien con un catalán notabilísimo en el ramo, según otra.¹⁰

El Liceo Mexicano, revista que editó José Mariano Lara en el establecimiento que gastaba en la calle de Palma 4, reunió a varios escritores y artistas de idéntico signo político. Tuvo una vida más bien efímera y en sus páginas colaboró R. Rafael, impresor, grabador y político español. Rafael llegó a México porque Ignacio Cumplido le contrató para trabajar en su imprenta como grabador en madera. A los dos años, en sociedad con un alemán, abrió establecimiento propio en la calle de Cadena. Como impresor y grabador era muy hábil, según el testimonio de Guillermo Prieto, hizo época a mediados del siglo; y como político, Rafael fue activísimo instrumento del partido conservador, protegido de Lucas Alamán; cayó preso en Tampico cuando huía al triunfar el partido liberal y al fin murió en Europa.¹¹ García Icazbalceta, de ser cierto lo que decía Felipe Teixidor en cuanto a que Rafael enseñó a grabar al muchacho, tal vez éste se familiarizara con él en la tertulia de *El Liceo Mexicano*; y por este motivo, más la intermediación de Lucas Alamán, R. Rafael hizo libro la traducción de Prescott.¹²

De aquí pudo surgir el interés de García Icazbalceta por contar con imprenta propia, la cual dispuso en su propia casa en 1850 y empleó en la publicación de no pocas de sus obras.¹³

Inolvidable pecado de juventud fue el deseo de ver reformada la *Biblioteca hispanoamericana septentrional* de José Mariano Beristáin de Souza.¹⁴

Beristáin, como se sabe, se propuso continuar el célebre catálogo de libros novohispanos que bajo el título de *Biblioteca mexicana* entregó para admiración de sus contemporáneos el patriótico eclesiástico Juan José Eguiara y Eguren. Este último, según la indicación del propio Joaquín García Icazbalceta en su discurso sobre "Las Bibliotecas de Eguiara y Beristáin", en 1753 mandó traer de Europa "una imprenta rica, nueva costosa y pulida", la montó en casa y en 1755 produjo el primero y único volumen de su obra.¹⁵ García Icazbalceta vio lo que Eguiara llevaba escrito (en latín) para el segundo tomo; y luego anotó que

si debíamos agradecer al erudito dean de Alicante, Manuel Martí, que "con su extemporáneo disparo despertara a nuestros literatos", pues en célebre ocasión escribió que México era una especie de desierto literario sin libros ni bibliotecas,

no podemos menos de sentir que la composición de la primera *Biblioteca mexicana* surgiera de la exaltación del sentimiento patriótico. El virulento ataque produce siempre destemplada réplica; la Verdad se vela, la imparcialidad huye, y queda la pasión para guiar la pluma. ¿Y cuál escrito dictado por la pasión ha alcanzado jamás su objeto? Eguiara no pudo contenerse, y en vez de una exposición razonada y sobria, nos dio una defensa apasionada.¹⁶

Beristáin, por su parte, medio siglo después de la *Biblioteca mexicana*, "en vez de concluir lo que Eguiara dejó comenzado, prefirió hacer una nueva *Biblioteca*, redactándola en castellano, para común utilidad".¹⁷ Tal empeño corrió suerte parecida al de Eguiara. Beristáin murió en 1817, el mismo año en que salió a la luz el primer tomo de su *Biblioteca hispanoamericana*, y su sobrino asumió la tarea de continuar la impresión del manuscrito hasta el fin del alfabeto. Mérito de Beristáin fue añadir tres mil escritores a los mil que catalogó Eguiara, pero no estuvo en sus manos el arreglo final de su manuscrito ni el cuidado de la edición de su obra. La *Biblioteca hispanoamericana*, por lo tanto, desde el principio fue obra póstuma. "Todo aquel que haya impreso algo sabe que la última mano se queda para las pruebas", escribió García Icazbalceta, "y este beneficio faltó al libro de Beristáin".¹⁸

El deseo de enmendarle la plana a Beristáin, según lo expresó García Icazbalceta a José Fernando Ramírez en 1850, fue origen de una serie de acontecimientos muy felices. El tiempo, en primer lugar, alentó su acopio de manuscritos y consiguió las adiciones manuscritas de Félix Osoreo a la *Biblioteca* de Beristáin, realizadas en 1827, así como el ejemplar de

Ramírez de la misma *Biblioteca*, corregido por él mismo, junto con un extenso suplemento. García Icazbalceta supo leer una lección importante en los afanes de ambos. "Ni Osoreo ni Ramírez son comparables a aquellos eruditos románticos de Europa, que llevados por su amor al buen salvaje, se nos metieron en México."¹⁹ El tiempo, en seguida, se encargó de transformar tal deseo. Este restauracionismo pudo ser origen de su personalísima *Colección de documentos para la historia de México* (1858, 1866), en cuyas páginas se presentó como colector, editor e impresor, así como pudo ser origen de la edición de la *Historia eclesiástica indiana* de Jerónimo de Mendieta, puesta a circular en 1870, según la experimentada guía de García Icazbalceta y realizada aun en su propia imprenta —la cual desde 1867 pasó a manos de Francisco Díaz de León y Santiago White.²⁰

Y al final, el deseo de ampliar los cimientos del catálogo de nuestros escritores se concentró en el siglo de la conquista y dio como resultado la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*.

En 1860, a la edad de treinta y cinco años, Joaquín García Icazbalceta recibió aviso de la existencia del manuscrito de la *Historia eclesiástica indiana*.

Jerónimo de Mendieta, al igual que su editor mexicano, pegó su primer grito al final del primer cuarto de su propio siglo. Llegó a la Nueva España a mediados del XVI. Vio en plena actividad a algunos misioneros de la primera y legendaria generación, como fray Juan de Ribas, Toribio de Benavente y el arzobispo Alonso de Montúfar, por quienes accedió al entusiasmo piadoso, los principios y las grandes expectativas que animaron su empresa en "aquel tiempo dorado" de su llegada; y también conoció los escritos de Motolinía, fray Andrés de Olmos y fray Bernardino de Sahagún. Sin embargo, llegar a la Nueva España fue asimismo conocer directamente los asuntos de la colonización. Las páginas de su *Historia* recogieron el bíblico desencanto que le enfriaba el alma.

Mendieta entregó sus manuscritos a otro

misionero, fray Juan Bautista Moles, con la encomienda precisa de publicarlos. Este decidió hacer otra cosa con la confianza depositada en él y embozar la amargura de Mendieta. Y por principio de cuentas envió el manuscrito a fray Juan de Torquemada.²¹

Mendieta fue testigo ocular de un desastre moral cuyas proporciones deben medirse contra la esperanza que defraudó o canceló —o defraudó y canceló— la empresa toda de la colonización. Sólo por esto sus palabras habrían sido excepcionales. Pero además los flacos sucesos en la cristiandad de los indios atraparon su entendimiento.

Como los primeros, este mendicante confió en la capacidad de redención de los indios, pero a diferencia de ellos —ciegos cual ideólogos— supo que no viviría para lamentar lo suficiente que los soldados de la conquista llegaran como "señores absolutos con sólo el título de españoles y cristianos", como si tuvieran "licencia para entrar matando y robando, aprovechándose de los bienes y personas de aquellos naturales y de sus hijos y mujeres, aunque ellos los hayan recibido con todo amor y paz y buen acogimiento, y que no están obligados á darles ningun buen ejemplo, ni tener con ellos siquiera buen comedimiento".²² Mendieta empezó a trabajar su *Historia eclesiástica indiana* en 1571, a los dos años de la muerte de Motolinía; y veintitantos años después de haber iniciado su narración, ya cerca del final de su manuscrito escribió:

Mas como yo, habiendo gozado (por gracia divina) de buena parte de aquellos prósperos principios, haya visto los adversos fines en que todo esto ha venido á parar, por haber los hombres ido á la mano á ese mismo Dios en esta su obra con los impedimentos y estorbos en los capítulos arriba contenidos, no solo no puedo ofrecerle cántico de alabanza por fin de mi Historia, mas antes (si para componer endechas tuviera gracia) me venia muy á pelo asentarme con Jeremías sobre nuestra indiana Iglesia, y con lágrimas, suspiros y voces que llegaran al cielo (como él hacía

sobre la destruida ciudad de Jerusalem), lamentarla y plañirla, recontando su miserable caída y gran desventura, y aun para ello no poco me pudiera aprovechar de las palabras y sentencias del mismo profeta.²³

Y los papeles de Mendieta, a la vuelta de casi tres siglos, llegaron a la vida de García Icazbalceta por intermediación de su buen amigo José María Andrade.

Historia eclesiástica indiana, al igual que otros manuscritos americanos de la misma época, fue una obra que estuvo perdida por años. Y así, el trabajo que Jerónimo de Mendieta dio por concluido en 1596 fue por mucho tiempo la sombra proyectada por sus referencias.

Fray Juan Bautista Moles, discípulo de fray Jerónimo de Mendieta —y a la postre maestro de fray Juan de Torquemada—, en 1606 anotó en su *Sermonario en lengua mexicana*:

Escribió [Mendieta] en la lengua castellana un gran libro que intituló *Historia eclesiástica indiana*, de la venida de los primeros religiosos a esta Nueva España, etcétera. Y las vidas de muchos y santos religiosos de esta Provincia del Santo Evangelio, el cual antes que muriese me lo entregó para que yo lo imprimiese. Y háse mejorado en haber caído en manos del P. Fr. Juan de Torquemada, guardián del convento de Santiago Tlatilulco, discípulo y singular amigo, que no le dará menos vida y espíritu del que dio al libro que escribió de la vida y milagros del Beato Fr. Sebastián de Aparicio que imprimió los años pasados.²⁴

Apenas nos hemos detenido a considerar la fachada decimonónica de las obras nodales del siglo XVI. En parte porque se ha dado por supuesto el trabajo que las respalda; pero en parte también porque es algo que se escapa al afecto o bien al entendimiento.

Una copia del manuscrito original apareció en la papelería del difunto Bartolomé José Gallardo, y el erudito, fabuloso, notición viajó

desde la anecdótica España de Larra hasta las transparencias del México de 1860. "Tal noticia", escribió García Icazbalceta en su ensayo introductorio a la obra de Mendieta, "de cuya exactitud no podía yo dudar un momento, por dármele quien me la daba, despertó en alto grado mi deseo de adquirir aquel manuscrito, no para esconderle en mis estantes, sino para hacer partícipes a todos de mi buena fortuna, y salvar del olvido una obra tan celebrada, dándola inmediatamente á la prensa".²⁵

José María Andrade, librero y bibliófilo, recibió el encargo de arreglar para García Icazbalceta la adquisición del manuscrito. La generosidad de Andrade dio incluso para traer los *Memoriales* de Motolinía.

La dedicación editorial de García Icazbalceta, la cual no sólo comprendía acicalar un manuscrito para su impresión sino además una suerte de vívida restitución o recomposición intelectual ya se tratara de obras como documentos, no tardó en enriquecer las atmósferas culturales de su día. Tal dedicación tocó varias zonas. Una de ellas, por ejemplo, era la que ocupaban sus amigos y cofrades —o bien sólo contemporáneos— en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. Pero las ediciones de García Icazbalceta también tocaron la zona de los (muy pocos) lectores sencilla o extraordinariamente cultos. Uno de estos raros e inquietos lectores mexicanos, Ignacio Manuel Altamirano, acaso tomó de modelo a nuestro personaje al escribir "Honra y provecho de un autor de libros en México", ameno y desolador retrato de un autor-cum-editor nacional.²⁶ Pero el asunto en este caso llegó más lejos y permite apreciar algo del alcance que tuvo el afán editorial de García Icazbalceta. Pues si un temperamento como el de Altamirano, en el que siempre había lugar para las manifestaciones del patriotismo liberal en cualquiera de sus formas, mostró interés en los asuntos del México del siglo XVI fue en parte gracias a los trabajos editoriales de García Icazbalceta.²⁷

Al final, como sucedió a Mendieta, el editor acabó agobiado por el desaliento. Tocado de muerte por su propia indiferencia.

Como lector, editor e historiador, Francisco del Paso y Troncoso enriqueció, y hasta diversificó, los climas naturales de su gremio. Sin embargo, Troncoso —como le decían sus amigos y contemporáneos— fue persona que dejó mucho a medias, pues fue incapaz de hacer frente a las tentaciones de la procrastinación o a las malas pasadas de la suerte.²⁸

Troncoso nació en Veracruz el 8 de octubre de 1842. En un principio intentó el comercio y más adelante, en la ciudad de México, optó por la medicina. Jesús Galindo y Villa, quien hiciera las veces de auxiliar en la Junta Colombina que se formó para participar en los festejos de los cuatrocientos años del descubrimiento de América, no dudó en llamarlo “el más profundo conocedor de las fuentes de nuestra historia antigua”. El mismo notó que Troncoso, al igual que José Fernando Ramírez, acabó sus días en el extranjero. “¿Qué secreta causa le obligó a voluntario ostracismo, firmemente llevado a cabo?”, se preguntaba Galindo y Villa al comenzar a escribir el primer esbozo biográfico que mereció Troncoso.²⁹

El joven veracruzano que llegó a la ciudad de México hacia 1867, y pasó por la Escuela Nacional Preparatoria que acababa de fundar Gabino Barrera, ingresó y cursó cinco años en la Escuela Nacional de Medicina. Entonces imaginó, como tesis profesional, *La historia de la medicina en México*; y desde ese instante, para fortuna de la ciencia médica y de la historia, Troncoso se tiró de cabeza en las fuentes para el estudio del pasado mexicano. Su tesis, según el plan que el aprendiz de historiador diseñó para sí, constaría de tres partes: un panorama general de los conocimientos botánicos entre los indígenas, la medicina entre los antiguos mexicanos y, por último, “una cuestión histórica (no concretó cuál) íntimamente ligada con la epidemiología”.³⁰

La tesis profesional de Troncoso, al igual que otros proyectos, quedó inconclusa. En 1883, su autor entregó a la imprenta la parte relativa a “La botánica entre los nahuas”; y lo demás, es silencio.

¿Qué podía hacer un estudiante de medicina en los gabinetes y estancias del Museo Nacional, en cuyos *Anales* dio a conocer sus estudios de botánica así como otros escritos? Lo que hizo fue sumarse al trabajo, callado y fructífero de sus cofrades, querer ser de veras parte del prestigio de esa institución “sin ostentoso aparato ni reclamo alguno”,³¹ apostar su vitalidad completa al beneficio de la historia nacional.

La década de los ochenta fue para Troncoso tiempo que él dedicó al estudio de las antigüedades mexicanas, a vivir y formarse entre los eruditos del Museo Nacional, a alimentar una pasión, a veces ingobernable, por las cosas pretéritas. A medias quedó el siguiente ensayo de Troncoso sobre los símbolos cronográficos de los mexicanos, pero tuvo mejor suerte al traducir y editar materiales de otros, como Pedro José Márquez, Daniel G. Brinton, A. Berthold, Crescencio Sánchez Azcona, el *Códice Indiano* de Sánchez Solís y el calendario tarasco.³² La misma década significó para Troncoso el dominio del idioma mexicano —hoy náhuatl—, por lo que viajó a Puebla para aleccionarse con Miguel Trinidad Palma, quien luego le envió a la sierra a practicar con los indios y a Amecameca, con el indio cacique Mariano Remigio Suárez; y una vez realizado este periplo, Troncoso aceptó en 1886 la cátedra de mexicano en la Escuela Nacional Preparatoria.

Al año siguiente, Troncoso participó en un acto público que tuvo su trascendencia en el día: la inauguración de la estatua de Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma. Troncoso interpelló a la concurrencia en mexicano y Eduardo Valle leyó un largo poema que la ocasión volvió célebre, *Cuauhtémoc*. Este acto, junto con otro anterior por el que se instaló el monumento a Cristóbal Colón, rubricaban la significación histórica de este paseo —sellada, más allá y posteriormente, con la columna de la Independencia.³³ En pleno siglo XIX, a los ojos de Juan de Dios Peza, recordar a Cuauhtémoc de esta forma era defender los fueros de la patria antigua.³⁴ Ignacio Manuel Altamirano, en el prólogo al poema de Valle, se preguntó poco después: “¿La aparición de este poema, *Cuauhtémoc*, sig-

nificaría acaso la resurrección de esos odios exaltados e intencionados que estallaron en 1810 contra los horrores de la conquista, y que dieron por resultado la independencia de México?"³⁵

La pregunta que se hacía Ignacio Manuel Altamirano sólo tiene una respuesta. Pues en el aire, efectivamente, bastante enrarecido por ciertos fermentos del patriotismo criollo, se movían esos odios.

Pero en lugar de responderle a Altamirano, cabría considerar que a finales del siglo pasado un grupo de historiadores e intelectuales trató de recuperar —y asimismo, restaurar en cierto modo— la antigua cultura indígena del país a través de un expediente distinto al de la violencia. Y por iniciativa de la gente del Museo Nacional, arrancó un fuerte y exitoso proyecto editorial relacionado con "las obras nacionales o extranjeras, antiguas o modernas que trataban de lingüística nacional".³⁶

Esta tarea de rescate, una de las que mayores ecos favorables encontró entre el público —a juzgar por las cuentas en los libros del bibliotecario del Museo Nacional, José Ma. Agreda y Sánchez—, comprometió en primer lugar el entusiasmo del historiador Jesús Sánchez, y enseguida el de su sucesor en la dirección del museo, Troncoso. Este fue el origen de ediciones de textos como el *Arte para aprender la lengua mexicana* del padre Olmos y el otro *Arte de la lengua mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina, el *Arte mexicano* de Antonio del Rincón así como un *Arte mexicano* firmado por fray Diego de Galdo Guzmán.

A los nombramientos como visitador del Museo Nacional y, luego, como director interino, a partir de 1889, Troncoso aportó sus responsabilidades docentes en la Escuela Nacional Preparatoria, primero como maestro de mexicano o náhuatl, como ya se dijo, y luego como profesor de historia patria. Enseguida se metió a capacitar maestros en la Escuela Normal para Profesores de Instrucción Primaria. Esto, más el mundo de la edición, acaparaban al ánimo de Troncoso; tal actividad apenas le dejaba tiempo para sus trabajos más personales. Y en marzo de 1890, en acto que fue la

puntilla para la depresión profunda que padecía Joaquín García Icazbalceta, Troncoso dejó de trabajar en la edición de una fuente única, traída a México gracias a las diligencias de José Ma. Andrade y el propio Icazbalceta, y que este último había puesto en manos de Troncoso: los *Memoriales* de Motolinía.³⁷

¿Qué era el Museo Nacional? ¿A quiénes reunió al finalizar el siglo XIX? ¿Qué tipo de discusiones se daban ahí adentro? Estas y otras preguntas están por responderse, aun cuando hay ciertos escritos que algo nos devuelven de su atmósfera. Pero al parecer el estudio, la conservación y el rescate de las antigüedades mexicanas se transformaron en una causa común entre temperamentos y talentos tan distintos como Alfredo Chavero, Manuel Orozco y Berra, Jesús Sánchez, Joaquín García Icazbalceta, José María Velasco, Luis González Obregón, José Ma. Agreda y Sánchez, Jesús Galindo y Villa, el propio Troncoso. Y parece, además, como si estos intereses hubieran disparado a todos estos clionautas por rumbos muy distintos.

Entonces, al comienzo de la década de los noventa, Troncoso percibía anualmente 1,500 pesos, según informa Silvio Zavala en el prólogo de *Francisco del Paso y Troncoso. Su misión en Europa, 1892-1916*. De agosto de 1890 a mayo de 1891, Troncoso emprendió una expedición arqueológica por el estado de Veracruz, la cual empezó en el Peñón de Bernal y acabó en el templo de Tajín, y que comportó abundantes evidencias arqueológicas, planos, fotografías, dibujos, noticias. Por otra parte, el Museo Nacional repetía y multiplicaba las inquietudes de Troncoso en los talleres de su imprenta, pero también en las áreas de dibujo, litografía, carpintería, modelados.

A su regreso de Veracruz, Troncoso recibió un nuevo nombramiento: presidente de la Comisión Mexicana en la Exposición Histórico-Americana de Madrid. Se acababa de estrenar como traductor del mexicano, con su versión del coloquio *Invención de la Santa Cruz*, y tenía de su lado el respeto y las consideraciones de todos sus pares. Trabajaba sin descanso, estudiaba sus clásicos, iba y venía a sus

cincuenta años como si nada. Era un solterón enviciado por la historia y por sus propios talentos.

Lo que es más, me parece, Troncoso se creía con todo el tiempo del mundo.

La estancia en Europa, para Troncoso, fue tremendo acicate a sus entusiastas intereses editoriales y origen de dos proyectos cuya dimensión superó sus fuerzas.

Sólo la muerte canceló la misión de Troncoso en Europa; sin embargo, para entrar en la lógica del trabajo de este historiador fue necesario que Silvio Zavala ordenara papeles e impresos acumulados por más de dos décadas, esto es, que Zavala hiciera las veces de editor en el gabinete de trabajo de otro editor bastante más escurridizo que avieso. Así, Zavala acomodó en primer lugar las cartas y oficios relativos al desarrollo administrativo y académico de la comisión, los cuales consignan amplios y muy ricos detalles sobre los trabajos de Troncoso e informan sobre sus planes y hallazgos documentales. Luego puso las cartas relativas a sueldos y gastos de la comisión, seguidas por la correspondencia entre Troncoso y Gonzalo Esteva, ministro de México en Italia, relativas a la petición de exclusividad para editar el *Códice Florentino* de Sahagún. Enseguida, Zavala acomodó las cartas entre Troncoso y Aquiles Gerste, el paleógrafo José Joaquín Gómez, Zelia Nuttall y el editor italiano Ruffoni. Por último, Zavala abrió un apartado con la documentación relativa a la gestión emprendida para traer a México los libros y manuscritos del difunto Troncoso. El arreglo así propuesto por Zavala en las páginas de *Francisco del Paso y Troncoso. Su misión en Europa, 1892-1916* permite apreciar el desarrollo de sus proyectos editoriales.

Uno de ellos dio origen a los *Papeles de la Nueva España*. Estos son fértil evidencia del trabajo archivístico de Troncoso en los muy surtidos acervos europeos, así como testimonio de arduo coleccionismo, método y orden.

¿Cuál fue la idea original tras estos *Papeles*? En una palabra: difundir. Pero la desigualdad de las series y los tomos incompletos que dejó Troncoso demeritan su afán ante lectores fa-

miliarizados con desarrollos tecnológico-editoriales impensables hace cien años. Así que hoy, para apreciar en este esfuerzo individual el valor que tiene, en principio es necesario imaginar el entusiasmo de un historiador como Troncoso, que se significó por un sólido manejo de las fuentes históricas al momento de llegar a la codiciada Meca del gremio. El júbilo podía cegar; pero en cambio, Troncoso optó mejor por verter documentación al río de la historia, alimentar la pasión historicista de sus cofrades, poner al alcance sus hallazgos.

Y aun así ¿qué publicar de tal abundancia?, ¿cómo ofrecerla o nada más hacerla llegar a los estudiosos?, ¿dónde distribuir con provecho tales impresos?

Troncoso recurrió a un caso familiar. Unos años antes, en México, su amigo Joaquín García Icazbalceta había probado los volúmenes misceláneos, editados todas las veces por él mismo y algunos realizados en casa con imprenta propia, para ofrecer dos series de documentos relativos a la historia de México. Este fue el modelo al que se apegó Troncoso en su misión en Europa, con la única salvedad que él desde el principio imaginó varias series y tomos para sus *Papeles*. En la serie de bibliografía, por ejemplo, el editor por desconfiado incluyó los índices de manuscritos que él formaba día con día. En la serie de geografía y estadística —una de las más completas—, acomodó visitas, relaciones, tasaciones, memoriales, documentos afines. La serie destinada a las obras de historia se quedó con la *Crónica de la Nueva España* de Francisco Cervantes de Salazar y la *Historia* de Baltasar de Obregón. La lingüística tuvo su propia serie y en ella entraron, entre otras cosas, dos *Vocabularios mexicanos* anónimos del siglo XVIII, y el *Diccionario de partículas mexicanas* de Antonio Pichardo.

Troncoso imaginó una colección semejante a la de estos *Papeles* bajo el título de *Epistolario general de la Nueva España en el siglo XVI*, pero apenas avanzó en el proyecto. Sin embargo, llegó a publicar en facsímil algunas de sus partes, como un *Memorial de los pueblos sujetos al pueblo de Tlacupan*.

El otro proyecto editorial de Troncoso tuvo que ver con su estricta y personalísima manía sahaduntina.

“A Ud. le consta que”, escribió Troncoso en una de sus cartas a Joaquín Baranda, el secretario de Justicia e Instrucción Pública de Porfirio Díaz, a mediados de 1898, “mucho antes de colaborar con Icazbalceta en algún artículo de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (según allí consta en la página 308), tenía yo bien estudiado el Sahagún, y mi sueño dorado era venir a Europa para trabajar en su transcripción”.

Muchos años atrás, a instancias de José Ma. Andrade, editor, librero, bibliófilo y personaje central en varios episodios cruciales tanto en la vida de García Icazbalceta como de Troncoso, este último había trabajado por algún tiempo en la bibliografía de Sahagún, sin llegar a nada. Una vez muerto este Andrade, en 1883, Troncoso comenzó a

rehacer la primera parte —según le escribió a García Icazbalceta desde su retiro idiomático en Amecameca en octubre de 1884—, adicionándola con nuevos datos, y me proponía consagrar el todo a la memoria del señor Andrade. Tenía yo empeño también en adelantar el trabajo con el fin de que, revisado y corregido por usted, me dijera con franqueza si le servía para su magnífica obra sobre la *Bibliografía* del siglo XVI, pero, por desgracia, no pude sacar en limpio mis borradores antes de venirme, y esto me impidió dejárselos.³⁸

Troncoso prefirió ayudar a Icazbalceta con Sahagún, antes que aventurarse él mismo por un terreno muy accidentado por falta de noticias y poblado de no pocos supuestos errados. Pero el autor de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* no sólo reconoció públicamente la “inmensa lectura, aguda crítica y profundo conocimiento de nuestra Historia” de Troncoso, sino que además declaró: “Es de justicia declarar como declaro que este artículo debería llevar más bien su nombre, que el mío.”³⁹

Y una vez en Europa, a un paso de los pa-

peles de Sahagún, Troncoso no pudo resistirse. El historiador se dejó abismar, al amparo de la gracia del sabio y eminente franciscano, hasta el fondo de la antigua cultura mexicana en pos de sus libros e inéditos relativos a la *Historia de las cosas de Nueva España*.

Troncoso dejó hechas las ilustraciones de Sahagún en un solo volumen de cromolitografías en 1894, al cual se remitirían —según su diseño— los cuatro volúmenes del texto castellano-mexicano provenientes de la Biblioteca Laurenziana de Florencia. Cuatro años después, en 1898, Troncoso informaba en una de sus cartas que había concluido la transcripción del código, y que ya iban adelantadas la traducción y la glosa. Sin embargo, la rica papelería de Sahagún alteró los proyectos editoriales de Troncoso. Los papeles de Sahagún, en su trato directo, impusieron sus variadas texturas. Así, los códigos matritenses de la Biblioteca de Palacio y de la Academia de la Historia no sólo eran, en opinión de Troncoso, los borradores de Sahagún sino utilísimos en su texto castellano. La calidad de este último superaba a la del *Código Florentino*—del cual, no obstante, era aprovechable el texto en mexicano.

Al morir, en 1916, Troncoso dejó un rompecabezas sahaduntino.

La abundante correspondencia de Francisco del Paso y Troncoso nos permite mirar al historiador en su taller. En ella hay documentación valiosísima para entender su vida y explicar su trabajo.

Es mérito de Silvio Zavala el enorme cuidado que puso en este trabajo, así como la sensibilidad con que trató los papeles de Troncoso. Una vez impreso el grupo de documentos del libro, escribió Zavala en el Apéndice, Federico Gómez de Orozco le entregó el borrador de una carta de Troncoso a su amigo Jesús Galindo y Villa, fechada en Manchester el 22 de septiembre de 1895.

“Ya que se ha propuesto Vd. el estudio de nuestras antiguallas”, escribió Troncoso en este borrador, “tome de modelos a Orozco y a Rmz. y a Gama entre los arqueólogos pasados; no desdeñe los trabajos de nuestros colegas que aun viven cuyos escritos merecen conser-

vase para tomar de ahí cosas muy útiles; y, sobre todo, se lo ruego, procure no imitarme.” Estar en Europa, lejos de los suyos, decía Troncoso, le había permitido conocerse mejor, a tal grado que sentía un gran desprecio por sí mismo. Más aún, la mortificación espiritual reconfortaba sus infortunios profesionales. “Tan penetrado estoy de cuanto estudio, medito, induzco, concluyo y descubro no me pertenece, que llevo tiempo de comunicar sin reservas mis trabajos a [cuantos] quieren tener de ellos noticia. Si alguien toma ideas de mi dándolas como tuyas, ello sería el mayor beneficio

que Dios N.S. me haga para humillar mi vanidad y castigar mi soberbia, que bastante me han dominado en mi vida. Por eso Dios no me ha dejado perfeccionar ni concluir nada, y apenas he acometido una empresa cuando ha dispuesto que pase de mis manos a otras que le den aliento y la lleven a término feliz.”

“Yo, bajando ya por la pendiente de la vida nada he concluido ni puedo dar lista de lo mío”, apuntó Troncoso al final de esta carta a Galindo y Villa. El resumen es cruel e inexacto; y sin embargo, atendible. Más aún, es un borrador que nos atañe directamente.

Notas

¹ Anthony Grafton, *New Worlds, Ancient Texts The Power of Tradition and the Shock of the Discovery*, The Belknap Press of Harvard University Press, Londres, 1992, p. 220.

² Miguel Ángel Fernández, *Historia de los museos de México*, Promotora de Comercialización Directa, México, 2a. edición, 1988, p. 119.

³ Una lista confiable de los directores del Museo Nacional desde su fundación hasta 1905 en *Anales del Museo Nacional*, Segunda época, t. II, México, 1905, p. 412.

⁴ Las ediciones de la famosa carta de J.G.I. se multiplicaron como los panes del Evangelio. José María de Agreda y Sánchez sacó una copia íntegra del autógrafo original, pero además, a diferencia de J.G.I., opinaba que la carta debía publicarse. Una de las copias circuló en latín, sin el nombre de su autor, bajo el título: *De B.M.V. Apparitione in Mexico subtitulo de Guadalupe Exquisito Historica*. Esta versión en latín circuló en 1890 y la traducción la pudo haber realizado Vicente de Paúl Andrade, según la nota que aparece en el libro *Investigación histórica y documental sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe en México*, Ediciones Fuente Cultural, México, 1951. En 1892, Fortino Hipólito Vera la tradujo al español y la metió en su obra *Contestación histórico-crítica en defensa de la Maravillosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe al anónimo intitulado: Exquisito Historica*, y al año siguiente Vicente de Paúl Andrade la retradujo y publicó por separado como *Exquisito Historica. Anónimo escrito en latín sobre la Aparición de la B.V.M. de Guadalupe*. “Esta edición no se hizo en Kalpa”, escribió Agreda en su *Catálogo*, “se hizo en México en la imprenta de D. Albino Fera... en la casa no. 6 de la primera calle de Sabino”, *Investigación histórica*, op. cit., p. 15. La primera edición íntegra y correcta de la carta se hizo en la imprenta de Ireneo Paz y a los dos años de la muerte de J.G.I., a partir de la copia del

autógrafo original realizada por Agreda y Sánchez. El manuscrito de esta copia puede consultarse en los documentos que de Agreda y Sánchez se conservan en el Archivo General de la Nación (AGN, Fondo J.M. Agreda y Sánchez, caja 3, expediente 12).

⁵ Manuel Guillermo Martínez, aun cuando se concentró en el flanco historiográfico de J.G.I., apenas tocó los quehaceres hacendarios en el primer capítulo de su disertación *Don Joaquín García Icazbalceta: His Place in Mexican Historiography*, The Catholic University of America, Washington, D.C., 1947. En carta dirigida a Cesáreo Fernández Duro, y citada por Felipe Teixidor, J.G.I. escribió: “El dulce jugo alimenta a mi familia hace más de siglo y medio, por lo cual hay que verle con respeto y atención... es mi *modus vivendi*... y el que da para calaveradas literarias como la de la *Bibliografía del siglo XVI*”, en *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, Editorial Porrúa, México, 1937, p. 33.

⁶ Felipe Teixidor, *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, compiladas y anotadas por..., Ediciones Porrúa, México, 1937, pp. 4-5.

⁷ *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, op. cit., pp. 6-7.

⁸ Joaquín García Icazbalceta, *Escritos infantiles*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 8.

⁹ Unas palabras sobre lo que entiendo por “densidad cultural”. Gilbert Ryle empleó el concepto de “descripción densa” para hablar sobre “pensamiento y reflexión” y sobre el “pensamiento de pensamientos” (*A Collection of Critical Essays*, Anchor Books, Nueva York, 1970). Más adelante, Clifford Geertz recurrió a este mismo concepto para exponer su teoría interpretativa de la cultura: si convenimos con Max Weber que el hombre está inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, escribió Geertz, “considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes,

sino una ciencia interpretativa en busca de significados. Busco la explicación interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie [...] El análisis consiste entonces en desentrañar las estructuras de significación —lo que Ryle llamó códigos establecidos, expresión un tanto equívoca, pues hace que la empresa se parezca mucho a la tarea del empleado que descifra, cuando más bien se asemeja a la del crítico literario— y en determinar su campo social y su alcance” (*The Interpretation of Cultures*, Basic Books, Nueva York, 1973). Antes que un concepto, la expresión “densidad cultural” califica a la urdimbre que conforman las tramas de significación o bien a las expresiones sociales a las que se refería Geertz. ¿O no es verdad que los escritos infantiles de J.G.I., tal vez demasiado simples o demasiado enigmáticos en la superficie, serían susceptibles de un análisis que tocara o les devolviera su densidad?

¹⁰ La primera versión es de M.G. Martínez, *Don Joaquín García Icazbalceta*, op. cit., pp. 59-60 y se desprende de un artículo de J.G.I., “Tipografía mexicana”, en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. V, México, 1854. La otra versión es de Felipe Teixidor. En una de las informadísimas notas al pie a las cartas de J.G.I., se lee lo siguiente: “En la revista que acabamos de citar [*El Liceo Mexicano*] figuran algunos grabados suyos [...] Es lástima que don Joaquín abandonara este arte del que debió recibir seguramente lecciones de aquel famoso impresor español R. Rafael, que por la política abandonó el oficio de impresor y grabador; tanto en madera como en lámina”, en *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, op. cit., pp. 9-10.

¹¹ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, Editorial Porrúa, México, 1985, pp. 313-314.

¹² *Historia/ de la/ Conquista del Perú/ precedida de una ojeada sobre la/ Civilización de los Incas/ Escrita en inglés por/ W.H. Prescott/ Socio Corresponsal del Instituto de Francia, etc., etc./ Traducida al castellano por J.G.I./ (“Congestae cumulantur opes, orbisquae rapinas/ Accipit”—Claudiano in Ruf. lib. I.v.194/ (“So color de religion / Van á buscar plata y oro / Del ncubierto tesoro.” —Lope de Vega, *El Nuevo Mundo, Jorn. I*) / México, R. Rafael, editor, calle de Cadena N. 13 / 1849.*

¹³ Jesús Galindo y Villa, “Don Joaquín García Icazbalceta. Biografía y bibliografía”, en *Anales del Museo Nacional*, t. VII, 1a. Época, México, 1903, p. 522.

¹⁴ Véase la ya citada carta de J.G.I. a José Fernando Ramírez en *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, op. cit., pp. 15-16. Sin embargo, podría ser que J.G.I. deseara en realidad llevar a cabo una idea de José Fernando Ramírez. Este último, en carta del 1o. de enero de 1850 a Isidro R. Gondra, en la que expresó el plan para mejorar la *Biblioteca de Beristáin*. J.F. Ramírez, “Una carta inédita del Sr. Lic. Don José Fernando Ramírez”, *Anales del Museo Nacional*, Segunda época, t. II, 1905, p. 177.

¹⁵ Este discurso, muy útil para seguirle los pasos a la vocación editorial de J.G.I., fue pronunciado el 1o. de octubre de 1878 y se imprimió en las *Memorias de la*

Academia Mexicana correspondiente de la Española, t. I, México, 1886. El editor Victoriano Agüeros lo incluyó entre los Opúsculos Varios de su magnífica e indispensable edición de las *Obras de D.J. García Icazbalceta*, II, México, 1896, pp. 119-146.

¹⁶ *Obras de D.J. García Icazbalceta*, t. II, op. cit., p. 130.

¹⁷ *Obras de D.J. García Icazbalceta*, t. II, op. cit., p. 133.

¹⁸ *Ibid.*, p. 138.

¹⁹ Luis González y González, *Todo es historia*, Cal y Arena, México, 1989, p. 39.

²⁰ Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, editada por Joaquín García Icazbalceta, Biblioteca Porrúa 46, México, 1870, facsímil, 1971, p. vi.

²¹ Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1a. reimpresión, 1991, p. 55.

²² Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, op. cit., p. 51.

²³ *Ibid.*, p. 556.

²⁴ Joaquín García Icazbalceta, “Fr. Jerónimo de Mendieta”, *Obras de...*, tomo III, p. 397, 402.

²⁵ Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, op. cit., p. xxiii.

²⁶ Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas XIII*, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 90-356.

²⁷ David A. Brading, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 723-727.

²⁸ Al final de la década de los treinta, Silvio Zavala editó, anotó y comentó una parte importantísima de los papeles personales de este historiador en *Francisco del Paso y Troncoso. Su misión en Europa, 1892-1916*, investigación, prólogo y notas por Silvio Zavala, Publicaciones del Museo Nacional, México, 1939, 644 pp. (La Universidad Nacional Autónoma de México, a través de su Instituto de Estudios y Documentos Históricos, reimprimió este libro en 1980). Se trata de las cartas e informes remitidos por Troncoso a lo largo de más de dos décadas de trabajo entre documentos y papeles del siglo XVI mexicano, conservados en España e Italia, principalmente. El libro descubre el taller de un historiador muy valioso. Estas cartas de Troncoso recogen todos y cada uno de sus proyectos editoriales, pero también los tropiezos que le impidieron llevar su trabajo a buen fin. En ellas expresa sus anhelos así como las dificultades cotidianas, desde los retrasos en el suministro de recursos monetarios hasta las complicaciones editoriales de algún documento. El libro es uno de los trabajos más interesantes de Zavala —y piénsese, sobre todo, en que se trata de un título que atañe directamente al oficio del historiador más que a una sola de sus ramas—, y sin dudas es uno de los pocos trabajos que, sin proponérselo o imaginarlo siquiera, Troncoso acabó.

²⁹ Jesús Galindo y Villa, “Don Francisco del Paso y Troncoso. Su vida y sus obras”, en *Memorias de la*

Sociedad Científica Antonio Alzate, t. XLII, México, 1923, p. 136.

³⁰ Galindo y Villa, "Don Francisco del Paso y Troncoso. Su vida y sus obras", p. 140.

³¹ Galindo y Villa, *ibid.*, p. 142.

³² Los dos primeros ensayos de Troncoso en los *Anales del Museo Nacional*, esto es, el fragmento ya mencionado de su tesis profesional y su ensayo sobre "El calendario de los tarascos y sus festividades", fueron recogidos recientemente por Pilar Maynes, quien hizo la introducción, selección y notas para Francisco del Paso y Troncoso, *La botánica entre los nahuas y otros estudios*, Cien de México, SEP, México, 1988, 287 pp.

³³ Véase la nota de Silvio Zavala, "Una palmera y una idea en el Paseo de la Reforma", en *Excelsior*, marzo 29, 1992.

³⁴ Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos*, prólogo de Isabel Quiñónez, Editorial Porrúa, México, 1990, p. 182.

³⁵ Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas. Escritos de literatura y arte*, t. XIII, selección y notas de José Luis Martínez, SEP, México, 1988, p. 343.

³⁶ Galindo y Villa, "Don Francisco del Paso y Troncoso. Su vida y sus obras", *op. cit.*, p. 152.

³⁷ Joaquín García Icazbalceta escribió a Nicolás León: "Ahí está Troncoso, por ejemplo, que me ha sumido el resuello [al devolverle los *Memoriales*], y me ha quitado las ganas de escribir", en Ignacio Bernal, *Correspondencia de Nicolás León con Joaquín García Icazbalceta*, UNAM, México, 1892, p. 230.

³⁸ Ascensión Hernández de León-Portilla, *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra*, edición e introducción..., FCE, México, 1990, pp. 91-92.

³⁹ Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, edición facsimilar, FCE, estudio introductorio y notas de Agustín Millares Carlo, México, 1978, p. 308.

